

Pedro de Clorivière

*Vida interior de la
Virgen*

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe.

Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, preparada como una Esposa que se ha adornado para su Esposo.

Y escuché una voz fuerte que venía del trono y decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres y él habitará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios mismo, con ellos, será su Dios.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: Ahora hago nuevas todas las cosas.¹

Supongo, como cosa suficientemente probada, que la bienaventurada Virgen, Madre de Dios, no es menos el objeto de este capítulo que la Iglesia y que, en la intención del escritor sagrado y del Espíritu Santo, del cual es el órgano, ella nos está igualmente representada por la *Jerusalén nueva que desciende del cielo* y que la voz divina declara ser el *Tabernáculo de Dios entre los hombres*....

Tomo en el mismo sentido *todas las cosas que son renovadas*, como teniendo relación con el estado sobrenatural del hombre y con las tres grandes promesas que Dios había hecho al hombre, considerado en este estado, concernientes a su primera venida, el establecimiento de su Iglesia y los bienes inmensos que el hombre debe encontrar en ella.

Además, como he dicho que al proferir esta palabra solemne, *hago nuevas todas las cosas*, Dios, como Ser eterno, abarcaba todos los tiempos y hacía conocer que al establecer su Iglesia establecía como de nuevo todo lo que había hecho, todo lo que hacía y todo lo que debía hacer un día a favor de los hombres, conforme a sus promesas; lo mismo aquí, para continuar la aplicación que hemos hecho del texto sagrado a la bienaventurada Virgen, Dios considera igualmente todo lo que de ella ha dicho. Abarca en una misma mirada todos los tiempos y declara que al dar el ser a María renueva en ella todas las cosas y cumple todas las promesas que ha hecho a los hombres, tanto las que ya han tenido su pleno cumplimiento como las que se cumplían entonces o debían cumplirse un día, durante toda la duración de los siglos.

¹ Apocalipsis 21,1-3,5.

LA PREPARACIÓN:

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN A LA ENCARNACIÓN

Qué gloriosa es para María esta declaración solemne, hecha por el Altísimo en toda la pompa de su Majestad. Qué idea sublime nos da de esta admirable creatura, única entre las obras del Altísimo, del rango que ella tiene junto a Dios, y de los bienes innumerables y totalmente incomprensibles que nos ha hecho por ella. Detengamos un poco nuestras miradas sobre esos diferentes aspectos. Nada es más a propósito para inspirarnos los altos sentimientos que debemos tener por esta bienaventurada Virgen, Madre de Dios.

Las maravillas operadas en María desde su primer instante presagiaban que todo sería renovado.

La considero primero en el primer instante de su ser, en el primer instante en que su alma se muestra al universo *como un cielo nuevo*, resplandeciente de claridades que, por su luz, eclipsan toda la belleza del primer cielo, donde *como una tierra nueva*, bendita y fecunda, hace olvidar la maldición y la esterilidad de la *primera tierra*; donde la mar tormentosa, formada por todas las iniquidades del mundo, desaparecía en su presencia; en ese instante en el que el discípulo amado ve en esta *Ciudad santa*, esta *nueva Jerusalén*, que *desciende del cielo*, *enviada por Dios* sobre la tierra, para ser su adorno y su felicidad.

Ella está *adornada, como Esposa*, con las joyas más preciosas, y tal como debe estar para agradar al divino Esposo y contraer con él, desde ese primer momento, la unión más íntima y la más indisoluble. Tal era María en el misterio de su Inmaculada Concepción.

Desde entonces, los espíritus celestiales, que la vieron con admiración, debieron reconocer en ella el presagio cierto, la prenda segura del próximo advenimiento de la gran Liberación prometida a los hombres. Ella debió aparecerles como la aurora brillante cuyos rayos anunciaban de cerca de la tierra la aparición del divino Sol. ¿Por qué tantos esplendores y bellezas nuevas y tan superiores a todas las que el Altísimo había formado para su gloria? ¿Por qué en una simple creatura este conjunto maravilloso de todas las perfecciones angélicas y humanas? ¿Por qué esta obra maestra de la sabiduría y del poder divinos está destinada para la tierra y no para el cielo? ¿Por qué en una naturaleza infectada por el pecado, Dios, por el más asombroso de los prodigios, ha formado a esta hija de Adán, dotada de una santidad que sólo es inferior a la suya y que sobrepasa incomparablemente toda otra santidad creada?

Tal maravilla debió lanzar en el asombro a las inteligencias celestiales. Ellas concibieron, y nosotros debemos concebir, como ellas, ahora que lo sabemos, que tan grande maravilla no podía operarse sino para esta creatura, únicamente querida, que el Señor tenía encerrada, *desde el comienzo de sus caminos*², en los tesoros de su entendimiento divino, y que había destinado desde toda eternidad para ser la Madre de su Hijo único, hecho hombre; para ser, después de ese Hijo,

² Proverbios 8,22.

la obra más bella de sus manos, la más perfecta imagen de su Ser y el gran instrumento de sus misericordias hacia los hombres; para ser la coadjutora y la cooperadora de su divino Hijo en todos sus misterios, para asemejarse a él en todas las cosas, tanto como una simple creatura era capaz, y para que pudiera encontrar en ella una digna compensación por todo lo que haría a favor de los hombres; por fin, para tener el primer lugar entre los seres creados, en calidad de Reina del cielo y de la tierra, para servir a los hombres de Madre y de Abogada, para defenderlos contra la rabia de sus implacables enemigos; para que el Hombre Dios pudiera habitar en la tierra y para contrabalancear en cierto modo a sus ojos todos los desórdenes con los que los hombres se habían manchado.

De fines tan sublimes, la dignidad de Madre de Dios, la armonía que debe reinar en todas sus obras no pedían menos perfección, santidad, grandeza y poder en la Madre futura del Redentor. Pero ninguna otra creatura hubiera sido capaz.

*No hay que quedarse ahí para
juzgar la parte que la
bienaventurada Virgen tiene en
el cumplimiento de las promesas
hechas al género humano.*

Esta consideración de María en el primer instante de su ser nos la muestra sin duda en tan alto grado de elevación que no podía convenir sino a ella y bastaba para indicar con seguridad lo que debía ser un día, y para dar a los hombres una prenda segura del advenimiento del Salvador del mundo. Pero no basta para hacernos ver la parte activa que ella tuvo en el cumplimiento de esta gran promesa, lo que ella hizo para acelerarla, el cuidado que tuvo para quitar todos los obstáculos que podían impedirlo, los combates que tuvo que sostener para eso y cómo Dios quiso que la ejecución de esas cosas dependiera enteramente de su voluntad.

Lo que hemos visto hasta aquí era el efecto de una disposición totalmente gratuita de la divina Providencia, de su libre elección y de su especial benevolencia, única y singular por la bienaventurada Virgen. Debe inspirarnos por ella la veneración más profunda y hacernos admirar en ella la Bondad, la Sabiduría, el Poder, la Santidad de Dios, que la ha escogido para operar en ella, de una manera digna de él, la obra más perfecta y la más incomprensible que debió salir de sus manos.

Descubrimos también ahí la felicidad inestimable de María, pero sólo descubrimos eso. Y si nos quedáramos en esa consideración no conoceríamos nada ni de su mérito y de su santidad personal, ni de los beneficios inmensos de los que le somos deudores y que deben excitar sin cesar en el corazón de todos los hombres los más vivos sentimientos de gratitud y de amor.

Detengámonos aún en el cumplimiento de la primera promesa y consideremos cómo la santísima Virgen contribuyó libremente en ella por sí misma, con el auxilio divino.

*Lo que ella hizo para acelerar la
venida del Salvador del mundo.*

¿Qué no hizo ella para acelerar la venida del Salvador del mundo? Era el deber de todo verdadero israelita el suspirar por su advenimiento. El santo Evangelio, para distinguir a los que merecían ese nombre, los llama *los que esperaban la Redención de Israel*.³ El Mesías prometido

³ Luc.2,38.

era el objeto de los deseos ardientes de los antiguos Patriarcas. Los Profetas no lo perdían jamás de vista. Vuelven sin cesar a él. ¿Cuáles fueron pues los deseos y los suspiros de Aquella en la que las luces y el ardor eran incomparablemente superiores a los de todos los seres creados? No se puede juzgar sino por la amplitud de sus conocimientos y los transportes de su caridad. Se dice de ella, bajo el nombre de la Sabiduría, que *ella sola dio la vuelta al círculo de los cielos, penetró la profundidad de los abismos, caminó sobre las olas del mar.*⁴

Estas palabras expresan la vasta amplitud de sus conocimientos, de la que ninguna otra pura creatura era capaz. Le fueron descubiertos todos los misterios de la religión, todas las verdades que Dios quería manifestar a los hombres y muchas otras que no conocerán jamás, todos los secretos divinos que se relacionaban con el género humano, fuera de aquellos que para su ventaja debían serle ocultos por un tiempo. Es así como ella *dio la vuelta al círculo de los cielos.*

Ella penetró igualmente *la profundidad del abismo.* Sondeó toda la malicia del pecado. Conoció la desdicha de las almas que están en estado de pecado, los castigos que les esperan en la otra vida, los tormentos del infierno, la rabia de los demonios y su odio implacable contra los hombres. El corazón de los hombres, sus pasiones, sus necesidades, los cambios que les llegan sin cesar y los hacen semejantes a las olas de un mar agitado, ella los conoció sin participar para nada en ellos, como si se hubiera *paseado* libremente y *con paso firme sobre las olas.*

Conocimientos tan amplios y tan penetrantes debieron hacerla sensible a las miserias humanas y llevarla a suspirar poderosamente por el divino Redentor, único que podía aportar el remedio conveniente. Los transportes siempre nuevos de su ardiente caridad la movían aún más poderosamente. Se ve una débil imagen de ello en los transportes de la Esposa del Cantar de los cantares. La ausencia de su Amado es para ella un insostenible tormento. No se cansa de buscarlo. Languidece de amor. Es preciso que se le hable de sus perfecciones. No tiene reposo sino cuando lo tiene entre sus brazos. Si san Pablo ha podido decir que la caridad de Cristo era como un agujón que lo presionaba constantemente, *charitas Christi urget nos*⁵, qué impresión habría hecho ese mismo agujón sobre Aquella cuyo corazón estaba totalmente penetrado de caridad, respiraba sólo caridad y estaba tan estrechamente unido a la divina caridad, todo abrasado en las llamas del Espíritu Santo, el Amor substancial del Padre y del Hijo.

No lo dudemos. Hasta el feliz momento en que el Verbo divino, cediendo a sus inefables apresuramientos, unió en ella nuestra naturaleza a su naturaleza divina, la vida de la augusta Virgen fue una sucesión continua de deseos que se inflamaban a cada instante más y más, a medida que su amor se hacía más ardiente y sus conocimientos más penetrantes. Ella no se cansaba de orar por la Redención del género humano, con un ardor que la consumía, y el menor de sus suspiros era de un valor inmenso a los ojos de su divina Majestad y pesaba más en la balanza de su justicia infinita que todos los hombres juntos hubieran podido hacer por este mismo fin, en toda la duración de los siglos, de más heroico y más santo.

*Lo que se precisaba de más en María
para que pudiera ser la Madre de
Dios*

Por poderosos, por eficaces que fueran por sí mismos sobre el Corazón de Dios deseos tan vivos y tan puros, no habrían producido el efecto que el Espíritu Santo se proponía al excitarlos en el Corazón de la bienaventurada Virgen si, por su parte, plena de la fuerza y de la sabiduría divinas que el Espíritu Santo le comunicaba, ella no hubiera quitado todos los obstáculos que

⁴ Eclesiástico 24,5.

⁵ 2 Corintios 5,14

habrían impedido la felicidad del género humano; si ella no hubiera cumplido todas las condiciones que el Señor exigía de Aquella que se había escogido por Madre, para encarnarse en su seno.

Concebida en la pureza más perfecta, preservada de las más ligeras manchas, dotada desde el primer instante de su ser de una santidad superior a la de todos los seres creados, con una abundancia de gracias, de luces, de dones y de privilegios que respondía plenamente a esta alta elevación, era preciso que la santísima Virgen, no solamente permaneciera exenta de la menor mancha, incluso de la sombra del más ligero defecto, sino además, que respondiera a cada instante a esta multitud inmensa de gracias y de luces sobrenaturales, con una perfección de la que ella sola, entre las creaturas, era capaz, de manera que no hubiera en ella ninguna que fuera estéril y que no se destacara por su total efecto. La menor imperfección, la más pequeña negligencia habría puesto un obstáculo insuperable al cumplimiento de los designios de Dios sobre ella. Sin embargo, por privilegiada que fuera, ella era de una naturaleza semejante a la nuestra, frágil por sí misma, salida de la nada como nosotros y, en cuanto al cuerpo, formada de barro.

Además, era preciso que por su fiel correspondencia, su santidad tomara a cada instante nuevos y prodigiosos acrecentamientos, que ella practicara en todo momento todas las virtudes con toda la perfección posible en cada acción, la caridad más pura y más ardiente, la humildad más profunda, la dulzura más inefable, la paciencia más sostenida y así de las demás virtudes, de manera que asombrara a las más sublimes inteligencias. En una palabra, en María se precisaba una santidad tal que colmara, en la medida de lo posible, el inmenso vacío que separa al ser creado del Ser increado, que contrabalancara, que cubriera en cierto modo a los ojos de Dios toda la deformidad, todas las manchas que habían desfigurado la naturaleza humana desde el comienzo del mundo por tantos crímenes que los hombres habían cometido, y que tuviera cierta proporción con la de su divino Hijo, y que no hubiera instante en el que ella no estuviera llena de gracia, *gratia plena*, y en el que Aquel que es la santidad misma no pudiera decirle que era totalmente bella y que él mismo no veía en ella ninguna mancha. *Tota pulcra es, amica mea, et macula non est in te.*⁶

¿Cuánto cuidado, cuánto trabajo, cuánta vigilancia pedía esto? Hay que suponer sin duda en María una capacidad como inmensa, y de la que ninguna otra simple creatura era capaz; una actividad que era una comunicación de la de Dios mismo. Pero no se debe razonar de María como se lo hace de las demás creaturas. ¿Qué se puede rehusar a Aquella en quien Dios veía desplegarse todos los tesoros de su magnificencia y que él quería elevar por encima de todos los seres creados?

*Combates y trabajos que ella
tuvo que sostener para esto.*

A esos cuidados infatigables, a esa vigilancia no interrumpida de María para adquirir y practicar en todas las cosas esta inviolable santidad que exigía la maternidad divina, añadamos las penas que ella tuvo que soportar, los combates que tuvo que sostener, para ser a los ojos de Dios, en la medida que podía serlo una simple criatura, digna de llegar a ser su Madre.

Esas penas de María, la grandeza de esas penas está expresada fuertemente en el capítulo 12 del Apocalipsis por estas palabras: ella *sufrió grandes tormentos para dar a luz*⁷. No es cuestión de dolores naturales del alumbramiento, pues es de fe que, habiendo permanecido virgen

⁶ Cantar de los cantares 4,7.

⁷ Apocalipsis 12,3.

al convertirse en madre, no estuvo sujeta a las miserias de las demás mujeres y ella dio a luz sin dolor. Se trata únicamente de las penas y de los dolores que debía experimentar para llegar a ese estado de santidad y adquirir los méritos que le eran necesarios, y para tener la mayor semejanza posible con Aquel que ha sido por excelencia el *Varón de dolores*.

Esas penas, esos dolores no provenían en ella de ninguna violencia que hubiera tenido que hacerse para practicar la virtud. Esta ley del pecado no existía en ella. Ella se inclinaba como por sí misma a los actos más heroicos. Los rigores de la naturaleza, a los que ella estaba sujeta, le parecían poca cosa. Pero su caridad por Dios, su tierno amor por los hombres, de los que había sido constituida la Reina y la Madre, bastaban para hacer sufrir su Corazón por penas y dolores que es imposible expresar y concebir. Qué dolor agudo, qué pena intolerable para ella ver a Dios, al que amaba únicamente y del que deseaba la gloria con ardores inefables, tan indigna y tan universalmente ofendido, la tierra inundada de crímenes y sometida por todas partes al imperio de los demonios, esos espíritus perversos adorados en el lugar de Dios, y los hombres creados a su imagen correr en multitud a precipitarse en los infiernos. Esas penas eran tanto más continuas y más grandes cuanto el principio era permanente, la causa más justa y más poderosa. El sacrificio de mil vidas, aunque a cada instante renovado, le habría sido menos sensible.

*Lo que ella ha sufrido de parte
de los demonios.*

No se puede dudar de que esta Virgen bendita haya tenido que sostener continuamente muchos combates *contra las potencias de las tinieblas*⁸. Es la suerte de todos los cristianos y María, mucho mejor que la antigua Débora, había sido puesta a la cabeza de todos los ejércitos del Altísimo. La violencia de los combates destinados a cada uno es proporcional a la grandeza de las recompensas que Dios le reserva. *Ella le da la victoria en un rudo combate*⁹

¡Cuáles debieron ser en consecuencia los combates de Aquella que debía ocupar el primer lugar en el cielo! Pero ¿qué necesidad tenemos de recurrir a conjeturas? Esos combates han sido predichos desde el comienzo del mundo, de inmediato después de la caída del hombre, en el libro del Génesis. Se ve el principio y la causa de ello en el libro del Apocalipsis, en el capítulo que hemos citado. En el Génesis, Dios dijo a la antigua serpiente que se enorgullecía de la victoria que acababa de obtener sobre nuestros primeros padres que le opondría una Adversaria más temible. Hablaba de la mujer bendita entre todas las mujeres. *Pondré – dice – enemistad entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya. Ella aplastará tu cabeza y tú tratarás de morderle el talón.*¹⁰

En el Apocalipsis se ve el origen, la causa y los efectos del furor del Dragón contra la mujer. La descripción que el santo evangelista nos hace del Dragón muestra cuán terrible fue ese furor. Se ve allí con qué encarnizamiento espiaba el momento en que ella debía dar a luz. Cuando María apareció, aunque no le fuesen manifestados claramente los grandes designios de Dios sobre esta única creatura y no los conoció totalmente sino cuando el Salvador del mundo, los brazos atados a la cruz, consumaba la obra de la Redención; aunque la mayor parte de las maravillas que se operaban en ella estuviesen ocultas, Dios permitió sin embargo que él descubriera lo suficiente – lo que podía hacer con su penetración natural – para sospechar que ella era esa gran Enemiga cuya señal le había sido mostrada en el cielo y con la cual había sido amenazado en el Paraíso terrenal. No se necesitaba más para comprometerlo a la guerra más implacable, a inspirar el mismo furor a todas sus legiones infernales contra Aquella que

⁸ Ef. 6,12

⁹ Sabiduría 10,12

¹⁰ Génesis 3,18

amenazaba su imperio de ruina total, y sin duda, en el transporte de su rabia, le habría gustado más lograr la menor ventaja sobre ella que arrastrar con él a los infiernos a todo el género humano, tanto se resentía su orgullo de despecho al verse vencido por una mujer que él consideraba locamente con desdén como de una naturaleza muy inferior a la suya. La muerte del impío Abimelec, relatada en el libro de los Jueces¹¹, nos ofrece una imagen de sus sentimientos.

*Consentimiento libre que María
da al misterio de la Encarnación,
sin el cual ese misterio no se
habría operado.*

Todo lo que se acaba de decir de la parte activa que la Bienaventurada Virgen tuvo en el misterio del Verbo encarnado, sus suspiros, sus oraciones continuas, la incomparable perfección que ella daba a todas sus obras, lo que tuvo que sufrir, sus combates contra la antigua serpiente, todo eso es digno de admiración y no hace menos parte de las cosas nuevas, de las que habla Aquel que está sentado sobre el trono, que la Esposa misma y los dones magníficos con los que ha sido liberalmente enriquecida, al mismo tiempo que nos muestra cuán deudores somos a María por el cumplimiento de la gran promesa que Dios había hecho a los hombres de enviarles a su Hijo.

Pero nada es más asombroso y más nuevo, nada nos hace sentir mejor la gratitud que debemos a la Madre de Dios en este gran misterio, que el consentimiento libre que ella le dio y del que Dios quiso hacer depender totalmente su cumplimiento. El Señor Dios Todopoderoso entregó en las manos de una joven virgen la suerte de todas las creaturas. El tenía eternamente designios de misericordia sobre la naturaleza humana. Al momento de ejecutarlos, listo para cumplir una obra que debe procurarle una gloria infinita, a los hombres una abundante redención, al cielo toda su belleza, no quiere ir más adelante sin que ella le dé su consentimiento. El Rey supremo del cielo envía a uno de los Príncipes de su corte hacia Aquella que él ha establecido la Reina de la tierra y de todo lo creado. En cierta manera se digna abajarse al nivel de su creatura y tratarla como su igual. El enviado celestial está encargado de saludarla en su nombre. El ha venido no para darle órdenes, ni darle a conocer la voluntad de Dios, ni descubrirle el porvenir como a los Profetas, sino para solicitar su consentimiento.

La humilde Virgen siente que es libre para darlo, que el asunto se deja a su elección. Ella delibera maduramente sobre lo que le es propuesto. Penetra mejor que el santo arcángel la importancia del mensaje del que él está encargado. Ve la grandeza infinita de la dignidad que le es ofrecida. Lejos de deslumbrarse por ello, ella se ve agobiada. Entra en la profundidad de su nada. Ve también las obligaciones adheridas a esa dignidad. Ve todo el rigor de los sacrificios que exigirá. No es eso lo que la espanta, porque ella espera todo de la ayuda de lo alto. Hace al ángel una objeción que le sugiere su gran amor por la pureza. El ángel la tranquiliza y le habla de los grandes bienes que su consentimiento debe aportar al mundo. Entonces ella se resigna a darlo y declara que el Señor puede disponer de ella a su gusto, como de su humilde sierva, y operar en ella lo que su ministro acaba de anunciarle de su parte.. *Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum*¹². En el mismo instante *el Verbo se hace carne*¹³ en el seno de María quien, desde

¹¹ Jueces 9,54

¹² Luc. 1,38

¹³ Jn. 1,14.

ese momento, es el augusto Tabernáculo en el que la Majestad de Dios ha fijado su morada entre los hombres.¹⁴

¿Qué más podía hacer la Sabiduría infinita de Dios para hacernos ver que, en todo lo que ha hecho de más maravilloso para nosotros, había considerado a su Madre y quería que ella compartiera con él los sentimientos de gratitud que le debemos a él mismo?

El primer advenimiento del Hombre-Dios encierra todos sus demás misterios hasta su Ascensión. Parte que María ha tenido en todos esos misterios.

El primer advenimiento, el cumplimiento de la gran promesa hecha a los hombres de un Redentor, no se limita al misterio de la Encarnación. Ese misterio, es verdad, es el más asombroso y el más incomprensible de todos. Pero de ese misterio, como de una fuente fecunda y divina, derivan una infinidad de otros misterios, todos los cuales pertenecen al primer advenimiento. Son todos los misterios del Hombre-Dios en el curso de su vida mortal, desde su Encarnación hasta su Ascensión al cielo, donde está sentado a la derecha de su Padre. Todos tienen el primer rango entre las promesas y entre las cosas nuevas, de las que se ha hablado aquí.

El Hombre-Dios mismo es sin contradicción la principal de todas estas admirables novedades. Ninguna es comparable a él y no existiría sin él. Toda la gloria le es esencialmente debida. Pero no será arrebatársela o disminuirla en nada hacer honor a su Madre, pues ella reconoce no tener nada que no venga de él y que no deba reportar a su gloria; y que al hacerlo no hacemos sino conformarnos con su intención, pues él ha querido, al darse a nosotros, que supiéramos que éramos deudores a su santa Madre del don insigne que él nos hacía de él mismo...

Parte que tuvo la santa Virgen en todos los misterios de su Hijo.

El Hombre-Dios al tomar nuestra naturaleza había adoptado todas sus miserias, con excepción del pecado. Permaneció nueve meses en el seno de su santa Madre. A su nacimiento, ella lo envolvió en pañales, lo alimentó con su leche sagrada, él descansó en sus brazos; ella lo llevaba sobre su seno, como un ramo de mirra, porque desde entonces ella veía los dolores que atravesarían su Corazón y los sentía con él.¹⁵ Ella lo libró por la huida del furor de Herodes que trataba de hacerlo morir. Lo alivió por sus fatigas. Lo sostuvo por su trabajo durante su infancia, sea en Egipto, sea en Nazaret. Ella nos conservaba esta vida que debía preservarnos de la muerte eterna y procurarnos una felicidad infinita.

En todas esas cosas, el Hombre-Dios tuvo necesidad de la compañía de su santa Madre y de los servicios que ella le hacía en su nombre y en el nuestro, con una ternura, una perfección de la que sólo ella era capaz. Y si san José tuvo la ventaja inestimable de ayudarla en algo – ventaja que lo elevó singularmente entre todos los santos – lo debió totalmente a la felicidad que tenía de haber sido escogido para ser el esposo de María.

Una razón más alta hacía como necesaria a Jesús la compañía de su santa Madre. ¿En quién habría él derramado los tesoros de su Sabiduría divina? Los ángeles eran incapaces de ello. Por lo

¹⁴ Apocalipsis 21,3

¹⁵ Cantar de los cantares 1,12

demás, no era para ellos que estaba él sobre la tierra. No había llegado aún su tiempo para conversar con los hombres. Su santa Madre era la única capaz de sus sublimes comunicaciones. Y como el Salvador del mundo no podía estar tantos años sin trabajar en la salvación de los hombres, los empleó casi únicamente en embellecer el alma de la santísima Virgen con los dones más inefables, a fin de asimilarla a su Ser divino. Por su parte, María hizo un tal uso de los dones que recibía cada día y de ese alto grado de santidad al que su divino Hijo la elevaba que mereció por eso, por anticipado, tanto como era posible, esa multitud de gracias y de dones celestiales que él se proponía derramar sobre el universo.

Pero la principal razón, que le hacía en cierto modo necesaria en todo tiempo la presencia y la sociedad de María es la que hemos insinuado primero, que debía cubrir a sus ojos y compensar en cierto modo las iniquidades con las que estaba manchada la tierra, y que para eso se precisaba la santidad más grande de la que fuera capaz una simple creatura. Se había precisado una santidad tan perfecta como la de María para atraer al Verbo divino sobre la tierra y comprometerlo a revestirse de la naturaleza humana. Se necesitaba la misma santidad, cuya perfección adquiría cada día nuevos acrecentamientos, para retenerlo entre los hombres.

El Verbo hecho carne no había perdido nada de sus divinos atributos. Su Justicia y su Misericordia eran igualmente infinitas. Era la Santidad misma, y sus ojos infinitamente puros no podían ver el mal sin tener horror por él. No podían mirar la iniquidad sin que esta vista excitara en él los más vivos sentimientos de indignación.¹⁶

El Salvador del mundo en diversos encuentros hizo estallar ese sentimiento de indignación. Una vez entre otras, conmovido por la dureza del pueblo que parecía reprochar a sus discípulos por no haber podido liberar a un poseído, exclamó: *oh raza infiel y perversa, ¿hasta cuándo estaré en medio de vosotros?*¹⁷ Todo sobre la tierra era propio para encender a cada instante en él ese sentimiento. Todo provocaba su justa venganza, la hipocresía de los fariseos, la impiedad de los sacerdotes, el orgullo de los pontífices, los desórdenes escandalosos y la crueldad de Herodes, las blasfemias que resonaban en el universo, los honores divinos rendidos por todas partes a los demonios.

Era preciso en consecuencia que hubiera sobre la tierra algún objeto sobre el cual pudiera reposar con complacencia sus divinas miradas, cuya santidad superior a la de todos los hombres pudiera servir como de contrapeso, en la balanza de su equidad, a toda la malicia de los hombres, encontrar gracia en todo tiempo a sus ojos, apaciguar su justicia e inclinar su misericordia en nuestro favor. Este único objeto no podía ser sino la bienaventurada Virgen, y él la había escogido por Madre para tenerla siempre en su compañía y la había dotado de una santidad tan perfecta y tan semejante en todo a la suya. María fue esa nube misteriosa y brillante de luz, cuyo esplendor deslumbrante cubrió a los ojos del Señor toda la deformidad de la tierra.¹⁸

*María fue cooperadora de su
divino Hijo en el misterio de la
Redención.*

María no fue solamente necesaria como compañera a su divino Hijo. Ella lo fue también como su cooperadora en la gran obra de la Redención del género humano. Dios mismo, desde el nacimiento del mundo, había declarado esta necesidad, cuando el hombre estaba aún en la inocencia y por eso mismo una figura más digna del verdadero Jefe de la naturaleza humana. *No*

¹⁶ Habacuc 1,13.

¹⁷ Luc.9,41.

¹⁸ Eclesiástico 24,3.

es bueno que el hombre esté solo, había dicho, *hagámosle una ayuda semejante a él.*¹⁹ Su hijo, el segundo Adán, estaba siempre presente a sus ojos. A él tenía principalmente en vista en esas palabras. La propagación del género humano debía hacerse por la unión de los dos sexos. Era el orden de la naturaleza. Luego el primer Adán necesitaba una ayuda semejante a él.

Una razón análoga a ésta, pero de un orden muy superior y verdaderamente divino, exigía lo mismo en relación al segundo Adán. No debía permanecer solo. Debía salir de él una raza sobrenatural, una raza que sería a la vez humana y divina; humana porque estaría compuesta por hombres; divina porque esos hombres serían regenerados del Espíritu Santo y, como hijos de Dios, hechos participantes de la naturaleza divina.²⁰ No debían *ser nacidos ni de la sangre ni de los deseos de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo.*²¹

Para reproducir esta raza de hombres sobrenaturales y divinos era necesaria la colaboración de Dios y del hombre. Uno y otro estaban reunidos en Jesucristo. El poseía en propiedad y substancialmente la naturaleza divina y la naturaleza humana, una y otra en la unidad de una misma Persona divina, la Persona del Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esto era necesario a fin de que Jesucristo pudiera sufrir y morir como Hombre por la salvación de los hombres, y que como Dios pudiera dar un valor infinito a sus sufrimientos. Pero como en él no hay más que una persona y las acciones pertenecen a la persona, - sea que provengan de una o de la otra naturaleza - las acciones son consideradas y son en efecto de la Persona divina. Es siempre el Hijo de Dios el que actúa, que sufre, que muere. Todo el mérito es de él y ese mérito es infinito, y hace que nuestra Redención sea sobreabundante.

Sin embargo, era preciso, según los decretos divinos, que la naturaleza humana contribuyera por su parte a su salvación y a su felicidad, y que en consecuencia una persona puramente humana concurriera con el Hijo de Dios. Era preciso, no que faltara algo en sí a los méritos del divino Redentor, que eran infinitos, sino porque, como se trataba del bienestar del hombre supremo, era totalmente conveniente y conforme al orden que el hombre contribuyera en algo, en la medida de lo posible. La cosa era totalmente honorable para el hombre. Y como para la salvación de cada hombre en particular el Señor exige su cooperación, por sobreabundantes que sean los méritos que él ha ofrecido por cada uno de nosotros, se debe decir lo mismo de la Redención de todos en general.

Esas razones, sin hablar de las que no son conocidas sino por la Sabiduría divina, nos persuaden de que una persona humana, en nombre de todas las otras de la misma naturaleza, debía cooperar con el Hijo de Dios, como su coadjutora, en la obra de la Redención general, y que la divina Sabiduría lo había decretado así. Esta persona no podía ser otra que la augusta Virgen, debido a su incomparable elevación por encima de todas las creaturas, a su santidad que sólo es inferior a la de Dios, y sobrepasa todo lo que se puede comprender de ella, a su perfecta semejanza con su divino Hijo y a su calidad de Reina y de Madre de todos los hombres, que la hacía adecuada para representar a todo el género humano.

¹⁹ Génesis 2,18.

²⁰ 2 Pedro 1,4.

²¹ Juan 1,13.

II

PARTICIPACION EN LOS MISTERIOS DE CRISTO

*Cómo cumplió ella ese oficio en
los diversos misterios del
Hombre-Dios*

El estado en que esta consideración nos muestra a María es infinitamente glorioso para ella y nos manifiesta cada vez más cuán grandes son las obligaciones que tenemos con ella en lo que se refiere a la gran promesa que el Señor hizo a los hombres de enviarles a su Hijo. Pero esas obligaciones, lejos de atenuar las que tenemos con nuestro divino Liberador, no hacen sino aumentarlas más, porque todo lo que hace la augusta Virgen lo hace por la virtud que recibe de su Hijo. Nos penetraremos más de estas obligaciones recorriendo los principales misterios del Hombre-Dios y la parte que su santa Madre tuvo en cada uno de ellos.

*Durante los nueve meses que su
divino Hijo estuvo en su seno.*

Después de su Encarnación, el Verbo hecho carne permanece nueve meses, como los otros niños, en el seno de su santísima Madre. Pero ¡qué sentimientos excita en ella un misterio tan pleno de ternura y de amor! Con qué cuidado, con qué respetuoso anonadamiento vela ella por la conservación de tan precioso depósito. Ella posee en sí el más rico tesoro del cielo, el único objeto de sus deseos, la alegría de los bienaventurados, la salvación del mundo. El forma un todo con ella; él vive de su vida, ella vive de la de él. Ella no quiere tener otros sentimientos que los suyos, él vive en ella, ella no quiere vivir sino para él. ¡Con qué fervor ora ella por el género humano al fruto bendito de sus entrañas! Ella no deja de ofrecer al Padre celestial a su Hijo amado para la salvación de los hombres, y ofrecerse ella misma con él.

Esto no basta a la impetuosidad de su amor. Ella abandona las delicias de su soledad, en la que se ocupaba apaciblemente con su Dios, encerrado en su seno... Corre a través de las montañas a llevar su tesoro a la casa de Zacarías y participar, sin envidia, de los bienes inmensos que le han sido confiados. Al sonido de su voz, Isabel es colmada por el Espíritu Santo; declara las grandezas de Aquella que ha venido a visitarla, y su hijo salta de alegría en su seno. Juan, el enviado de Dios para dar testimonio de la luz y hacerla conocer por todos los hombres, recibe abundantemente la gracia de la santidad, y lo que se opera en él debe enseñarnos que el Hombre-Dios ha entregado en manos de su Madre la disposición de sus más insignes favores.

En su nacimiento.

En el misterio del nacimiento de Dios Salvador, la humilde Virgen ha podido decir: *Soy yo que hago nacer en los cielos una luz que no se extinguirá jamás*²². Y esas palabras que el Espíritu Santo le pone en la boca dejan ver la parte que ella tiene en ese misterio y la gratitud que le debemos.

Ella le prodiga sus cuidados maternos, lo envuelve en pañales, lo coloca en el pesebre, en ese estado le rinde, en nombre de todos los hombres, las adoraciones más humildes y más

²² Eclesiástico 24,3 (Vulgata)

preciosas a sus ojos que las de todos los seres. Y pasando muy adelante en el misterio de la pobreza, lo conjura a separar el corazón de los hombres de los bienes de la tierra, hacerles conocer su nada y concederles la gracia de caminar fielmente sobre sus huellas, por el desprendimiento más total de todas las cosas. A sus oraciones, bajo la ley de la gracia, tantos santos religiosos deben atribuir la felicidad que han tenido de caminar de cerca sobre las huellas de Jesús por los senderos espinosos de la santa pobreza.

En la circuncisión.

En el misterio de la circuncisión, María es el altar sobre el cual el Cordero sin mancha, ofrecido como sacrificio de la mañana, derrama las primeras gotas de la sangre que debe derramar completamente sobre el altar de la cruz. Quien pudiera apreciar los sentimientos de su Corazón maternal vería en él un dolor más vivo que el que los más atroces tormentos han hecho sufrir a los mártires y que, por su generoso sacrificio, ella obtiene para millones de esos valientes atletas de Jesucristo la gracia de triunfar de los esfuerzos de los más crueles tiranos.

Ella conoce todas las excelencias, toda la virtud del Nombre de Jesús que se da a su divino Hijo, todo lo que significa, todo lo que anuncia, todos los compromisos que encierra, cómo se somete su Hijo a la voluntad de su Padre. Ella adora profundamente ese santo Nombre y ora insistentemente para que sea santificado en toda la tierra.

En la adoración de los magos.

Los magos, que vinieron de Oriente atraídos por la estrella misteriosa, para adorar a Jesús, le encontraron en los brazos de su Madre, Lo reconocieron por el Soberano Rey del cielo y de la tierra, y lo adoraron como su Dios, el Redentor del mundo que, impulsado por el exceso de su amor por los hombres acababa de nacer de una Madre virgen, se había hecho niño y, para separar nuestros corazones de los bienes de la tierra, había abrazado por elección los rigores de la pobreza.

Ellos reconocieron en la humilde Virgen a su soberana Dueña, la Madre de su Creador, la más perfecta de todas las creaturas y Aquella a quien debían el favor insigne que les era hecho. Ella los acogió en nombre de su divino Hijo con una bondad majestuosa. Les dio las instrucciones que necesitaban sobre lo que debían creer, sobre lo que tenían que esperar, sobre la conducta santa que debían tener en adelante, después de haber sido favorecidos tan singularmente por Dios. Ella recibió luego sus regalos y conoció el misterio que cada uno de ellos encerraba; que ofrecían incienso a su Hijo como a su Dios, el gran objeto de su fe; la mirra como a un hombre mortal, causa de su esperanza; oro como a un rey, a quien todo pertenece, pero que por homenaje de sus súbditos exige sólo el oro de la más pura caridad.

Como dispensadora de las gracias y de los tesoros de su Hijo, esta gran Reina les hizo a su vez regalos mucho más preciosos. Ella les obtuvo en un alto grado esas virtudes que sus presentes significaban: una fe viva, una firme esperanza, la más pura y la más ferviente caridad; y los despidió plenos de consolaciones, de luces y de toda clase de dones celestiales.

Ella vio también en esos reyes las primicias de los gentiles y oró por la conversión del mundo idólatra. Oró particularmente por esos reinos que, en la sucesión de los tiempos, debían ser una porción floreciente de la Iglesia católica. Y por sus oraciones fervientes y muchos actos de virtudes, les mereció, para los tiempos señalados por la divina Providencia, esa abundancia de gracias y esa multitud de santos personajes que allí se ha visto florecer, en tanto que por una sincera devoción ellos han dado testimonio de su gratitud a su gran Benefactora. ¡Que sean siempre fieles!

*En la Presentación de Nuestro
Señor y la Purificación de María*

En el misterio de la Presentación del Salvador del mundo y de la Purificación de María, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, su santísima Madre fue al Templo de Jerusalén llevando a su divino Hijo en los brazos. Ella fue a ofrecerlo a Dios de la manera más solemne, en el único templo del universo en el que es honrado como quiere serlo, ese Hijo único, el objeto de todas sus complacencias. Ella se lo ofrece como una Víctima de un valor infinitamente más grande a sus ojos que todos los sacrificios que hasta entonces le habían sido ofrecidos, el único sacrificio digno de él. Ella le ofrece a su Hijo como un bien que pertenece esencialmente a su divina Majestad, pero también como un bien que le pertenece a ella misma, pues ella es verdaderamente la Madre y le ha dado el ser humano, en el cual es ofrecido a su Padre.

¡Qué grande es María en este misterio! Ella aparece revestida con toda la autoridad, toda la grandeza del Hombre-Dios. El no actúa sino por ella. El no tiene otra voluntad que la suya. Ella lo ofrece, ella lo sacrifica como Pontífice. Ella lo rescata como su Madre. Y como Reina y Madre de todos los hombres, encargada de proveer a sus necesidades, ella es Redentora del Redentor de los hombres. Ella lo rescata para ellos y no para ella misma. Lo rescata a fin de ofrecerlo de nuevo por ellos, de una manera bien dolorosa para ella. ¡Qué agradable a Dios es la ofrenda que ella hace, por ella misma y por la persona que la ofrece, y por la manera como es ofrecida! ¡Qué ventajosa para los hombres! ¡Qué bien les hace ver cuan grande es el crédito de María junto a Dios y su amor por los hombres, pues ella no se sirve de él sino para ventaja de ellos!

¡Cuántas virtudes practica también ella en este misterio! Es propiamente el misterio de sus virtudes. La que es más pura que los ángeles, Aquella en quien la mirada de Dios mismo no descubre sino bellezas, se purifica como si ella hubiera podido contraer alguna mancha. La que tiene el primer lugar entre las creaturas se confunde con el común de las mujeres. Ella se somete libre y voluntariamente a una ley que parecía poco digna de ella y de la que parecía saltar algún deshonor para su Hijo. Con qué fidelidad observa ella todas las circunstancias de esta ley. Con qué magnanimidad soporta todo lo que tiene de penoso. ¡Qué piedad, qué modestia en todas sus acciones exteriores! ¡Qué generosidad en sus intenciones! Con cuánta sumisión escucha el fallo riguroso que Dios pronuncia por la boca del anciano Simeón sobre su Hijo y sobre ella.

*En la huida a Egipto y en la vida
oculta de su Hijo.*

La predicción del santo anciano no tardó en cumplirse. Jamás María, no más que su divino Hijo, estuvo un instante sin dolores. Estos eran proporcionales a la grandeza de su amor, y ella tenía cuidado de ofrecerlos todos por la salvación del mundo, en su calidad de cooperadora del Salvador. Pero su alma fue atravesada por una nueva espada cuando vio a Aquel que amaba infinitamente más que a ella misma expuesto, casi al nacer, a la malicia de los hombres, cuando Herodes puso todo en obra para arrebatarse una vida que él había recibido sólo por amor para los hombres.

Los cuidados de María, secundados por los de José, hicieron inútiles esos esfuerzos. Ella salvó esa vida tan preciosa y condujo a su Hijo a Egipto. Aquí empiezan los misterios de la vida oculta del Salvador del mundo, que duraron tanto en Egipto como en Nazaret hasta el tiempo en que el Hombre-Dios, habiendo alcanzado los treinta años, empezó el curso de sus predicaciones y de su vida pública: misterios profundos, conjunto de maravillas que el mundo no era digno de conocer, que no habría sido capaz de comprender, pero cuyo conocimiento debe hacer un día en el cielo la alegría de los bienaventurados.

Durante esta feliz soledad de casi treinta años, pero que al uno y a la otra les parecieron transcurridos con la rapidez de un rayo, cuántas cosas admirables pasaron entre el Hijo y la Madre. Qué no hizo esta divina Madre por un tal Hijo y qué no hizo un tal Hijo por una Madre, más grande y más querida a sus ojos que todo el resto de los seres creados. Se concibe que durante la infancia de Jesús su santa Madre no descuidó ninguno de los cuidados que él tenía derecho a esperar de su ternura maternal, que lo alimentó con su leche virginal, que lo llevaba habitualmente entre sus brazos, que lo apretaba contra su seno, que le prodigaba inocentes caricias, castos besos, y que el Niño Dios, que había querido hacerse semejante a los demás niños y compartir su debilidad, tomaba una complacencia infinita en todo lo que su santa Madre hacía para su servicio y para manifestarle su ternura.

Se concibe también que los cuidados de la augusta Virgen hacia su divino Hijo no se interrumpieron jamás, y siempre con igual vigilancia, pero proporcionados a la edad del Hombre-Dios, todo el tiempo que duró la vida oculta. Pero lo que no se podrá concebir jamás, lo que sobrepasa toda la capacidad de las inteligencias celestiales, es la perfección, el amor inefable con el que ella cumplió todos esos deberes, sin perder un instante de vista el Ser divino, que ponía necesariamente entre su Hijo y ella una distancia infinita, sin faltar en nada al respeto que ella debía a su divina Majestad y mirando siempre como un nuevo beneficio, como un señalado favor, cada servicio que él le permitía hacerle. Además, a ejemplo de su Hijo, del que todos los pensamientos, todas las obras tenían por fin la salvación de los hombres, como su fiel cooperadora, ella no se miraba únicamente en lo que hacía por su Hijo. Ella se proponía en esto pagar la deuda de todos los hombres en general y de cada hombre en particular, a fin de que fuera un nuevo motivo para él de perdonarles sus pecados y de colmarlos de gracias.

*Conocimiento que tenía María
del interior de Jesús.*

Eso era una pequeña parte de lo que la bienaventurada María hacía por su Hijo. Sus cuidados exteriores y corporales no eran nada al lado de los cuidados espirituales e interiores que ella tomaba para agradarle, ofrecerle continuos homenajes y hacerse en todo conforme a él.

Dotada de una actividad más que angélica, tal como lo exigía su suprema dignidad de Reina de todo lo creado y los deberes casi inmensos que tenía que cumplir, ella tenía en todo tiempo y día y noche los ojos de su alma, y cuando lo podía los del cuerpo, fijos en su divino Hijo para examinar, para honrar, para imitar sus pasos con una perfección de la que sólo ella era capaz, e incluso lo que le era dado descubrir de sus pensamientos, de sus deseos, de sus intenciones. *Ella recogía con cuidado todas las palabras que salían de su boca y las repasaba en su corazón.*²³ Estudiaba todos sus movimientos, todos sus gestos, todos sus pasos, todas sus miradas, todo lo que llevaba alguna huella, aunque pequeña, de su voluntad, y como no veía en todo esto nada que no fuera divino, tenía interiormente para cada una de esas cosas una veneración profunda y lo manifestaba al exterior, en la medida que las circunstancias y su divino Hijo le permitían hacerlo.

Como los bienaventurados en el cielo ven en todo tiempo, como en el espejo más luminoso, todo lo que Dios quiere descubrirles y lo que les importa saber, lo mismo el interior de Jesús, siempre a descubierto a los ojos de su santa Madre, era como un divino espejo en el que ella descubriría a cada instante lo que ahí había de más santo y de más perfecto. Ella no penetraba sin duda todos los secretos de esta alma santísima – lo que no era compatible con su estado actual de *viajero* o incluso sobrepasaba la capacidad de una pura creatura, - pero todo lo que podía

²³ Luc.2,51.

contribuir a su santidad y ayudarla a cumplir las grandes y sublimes funciones de las que estaba encargada le era mostrado a lo menos sucesivamente.

Ella veía los sentimientos de los que estaba penetrada el alma de Jesús por la Divinidad, a la que ella estaba hipostáticamente unida; los homenajes y las adoraciones continuas que le rendía, sus profundos anonadamientos, sus acciones de gracias por este favor incomprensible, la total ofrenda que le renovaba a cada instante de sí misma, de sus potencias, de su cuerpo, de su sangre, de sus miembros, de sus fuerzas, de su vida, de todo su ser, y su sumisión sin reserva, su conformidad perfecta a todas sus voluntades.

Ella percibía allí las llamas de la más pura caridad, de la que su divino Corazón era abrasado sin cesar por la gloria de su Padre, por la salvación de los hombres y por ella misma que, en calidad de Madre y en razón de su santidad, tenía ahí el primer lugar después de Dios. Percibía la sublimidad de sus pensamientos, la sabiduría de sus consejos, la santidad de sus intenciones, la perfección de sus virtudes, su humildad, su dulzura, su paciencia, su tierna compasión por los pecadores y al mismo tiempo el dolor extremo que sentía al ver a Dios tan indignamente ultrajado, los hombres correr a su pérdida eterna, y su obcecación, su tenaz insensibilidad para rechazar todos los bienes que él les presentaba.

Esta vista excitaba en la bienaventurada Virgen una admiración siempre nueva. Pero esta admiración no la hacía menos atenta a considerar todo lo que ella podía imitar en tan divino modelo, menos penetrante para captar todos los rasgos, menos vigilante para copiarlos en ella misma con toda la perfección posible a una simple creatura elevada al más alto grado de gracia, menos diligente para hacerlo en todo tiempo, menos fuerte para superar lo que la debilidad de la naturaleza humana podía aportar de oposición, menos prudente para ir en todo tiempo a buscar en Dios mismo el auxilio que necesitaba.

Con el alma de Jesús y por ella, estaba siempre abismada, anonadada ante el Ser divino y unía sin interrupción sus adoraciones a las suyas. Entraba muy adentro en todos los sentimientos de su Corazón. Se esforzaba por alcanzar lo que él tenía de más perfecto en sus virtudes y compartía al mismo tiempo todas las penas, todos los dolores que experimentaba el alma del Salvador del mundo y, como ella, los ofrecía por la salvación de los hombres, uniendo por ellos sus oraciones, sus lágrimas, sus suspiros y el sacrificio más generoso de ella misma.

Por todos esos medios, cuyo fervor no se enfriaba jamás, como la capacidad del alma y sobre todo en María es como ilimitada para recibir nuevos dones y los tesoros de Jesús son inagotables, ella merecía para los hombres, en toda la sucesión de las edades, innumerables beneficios y se elevaba ella misma a cada instante por un movimiento rápido a un más alto grado de perfección.

*El objetivo del Señor en la vida
oculta era la perfección de
María.*

Ese era igualmente el objetivo que se proponía la Sabiduría encarnada en esta soledad de treinta años que Jesús quiso pasar con su Madre. El Verbo divino quería perfeccionar en ella esta admirable obra maestra que había comenzado tan bien, y hacerla la imagen más perfecta de él mismo.

Se dice en el santo Evangelio que el Señor estaba un día sentado en medio de los fariseos y Doctores de la ley, aplicado a curarlos²⁴. Se ocupaba de curarlos de sus enfermedades espirituales, su orgullo, su avaricia, su envidia y todos los demás vicios con los que estaban

²⁴ Luc.5,17.

machados. Y porque no quería usar de su omnipotencia por consideración a su voluntad libre, y ésta oponía a la suya la más fuerte resistencia, para vencerla estaba obligado, según nuestra manera de concebirlo, a darle toda su aplicación. Tal fue su ocupación principal durante los tres años de sus predicaciones y, en relación al mayor número, el éxito no respondió a sus esfuerzos.

En María no había ningún defecto para corregir, ninguna resistencia a vencer. Ella iba delante de todos sus deseos. Y sin embargo, de los treinta y tres años que el Hombre-Dios vivió sobre la tierra empleó treinta en embellecer, en perfeccionar la obra que se había propuesto acabar en su Madre. Lo que él sembraba en ella producía de inmediato al céntuplo. Y esta fidelidad atraía a cada instante sobre ella una nueva abundancia de dones, y de los dones más preciosos.

Cuales debieron ser los efectos de esta constante fidelidad, es imposible a seres finitos formarse la menor idea. Sería preciso poder sondear el fondo de los tesoros de la divinidad. Esos tesoros, desde el comienzo, parecían como agotados, tan magnífica, inmensa, era la efusión de esos dones, de las luces, de las gracias singulares, de los adornos inefables, de las perfecciones únicas que el Verbo divino había acumulado en ella, casi sin medida. Sólo Dios conocía toda su belleza. Hemos visto que María, desde el primer momento, estaba ya, como Esposa, adornada de una manera digna del divino Esposo. Y sin embargo, sin admitir jamás interrupción, su Hijo, durante todo el tiempo de su vida oculta, añadía continuamente a sus encantos un incomparable esplendor.

*Los dones de Dios iban siempre
creciendo en María. Cómo
seguía ella a su Hijo en la vida
pública.*

Alguno de esos favores que el divino Hijo hacía a su santísima Madre no le fueron quitados jamás. Por el contrario, todos tomaban nuevos acrecentamientos, porque ella misma perseveraba siempre en la misma plenitud de fidelidad y así se volvía cada día más digna y más capaz de recibir aún mayores dones y en mayor abundancia. Era una fuente inagotable, cuyas aguas, que en todo momento se volvían más fuertes, se descargaban con más grande impetuosidad en un vaso de una capacidad más amplia que toda la amplitud de los cielos y que no se colmó hasta que María, llegada al más alto grado de perfección posible a la creatura, hubo cumplido todos los designios de su divino Hijo sobre ella y en cierto modo hubo colmado el intervalo infinito que separa al ser creado del Ser increado y alcanzado hasta la cumbre del trono de la Divinidad.

Todos esos favores continuaron en el tiempo de la vida pública de su Hijo. Ella lo acompañaba en todos sus viajes, e incluso cuando estaba privada de su presencia corporal – como sucedió en el tiempo de su soledad de cuarenta días en el desierto y en muchas otras ocasiones – ella no perdía por esto, como se puede creer, la visión espiritual de su alma y de todas sus operaciones tanto interiores como exteriores. Y este favor le era necesario para que pudiera cumplir en todo tiempo el oficio de Madre y de su coadjutora en la obra de la salvación de los hombres. Ella colaboraba en todas sus obras. Solicitaba sus milagros a favor de aquellos que estaban en la necesidad. Sus oraciones y sus méritos suplían a los defectos de ellos que habrían podido impedir el efecto de las misericordias divinas. Es lo que se ve en lo que cuenta el santo Evangelio del primer milagro de Jesús en las bodas de Caná. De ahí se puede conjeturar lo mismo de sus otros milagros, aunque de una manera menos manifiesta.

Ella lo seguía, lo acompañaba en espíritu en todas sus oraciones. Instruida por anticipado de todos los designios de su Hijo, no se puede dudar de que haya obtenido de él la vocación y la elección de los apóstoles, que ella adoptó de una manera especial por hijos suyos. Sus nombres

grabados en las doce piedras que sirven de fundamento a la Ciudad santa²⁵ confirman esta verdad. Ella misma, a ejemplo de su Hijo, se unió a mujeres piadosas a las que tomó el cuidado de instruir y de formar en toda clase de virtudes. Ella disponía los pueblos, por las gracias abundantes que les obtenía, para recibir con fruto las instrucciones que su divino Hijo les hacía, y cuando lo veía a él mismo continuamente expuesto a los dardos de la envidia y de la calumnia, a las blasfemias, a las contradicciones de sus enemigos, cuando veía a éstos, impulsados por el orgullo, confesarle el odio más negro, tenderle trampas, tratar de sorprenderlo en sus palabras, maquinando su muerte, ella se esforzaba por los más profundos homenajes en reparar todos esos ultrajes y obtener el perdón de los culpables.

*Parte que María tuvo en la
institución de los sacramentos,
sobre todo de la santa
Eucaristía.*

Había llegado al fin el tiempo en que el Salvador del mundo debía terminar la carrera gloriosa y penosa de sus trabajos dando a los hombres las muestras más deslumbrantes de su amor y de su excesiva caridad. Antes de sufrir y de morir por ellos, quiso dejarles una prenda eterna de ese amor instituyendo el sacramento y el sacrificio eucarístico, a fin de perpetuar en medio de ellos su presencia sensible, aunque invisible, durante toda la sucesión de los siglos; a fin de mostrar sin cesar a los ojos de los hombres la renovación y la viva representación de su muerte sangrante que iba a sufrir por ellos, de ofrecerse él mismo en sacrificio a su Padre como la única víctima digna de él y capaz de detener los efectos de su justa indignación, de aplicar a los hombres en todo tiempo el mérito de su sacrificio, de despertar continuamente en ellos el sentimiento de gratitud y de amor, y de llenar sus corazones de luz, de fuerza y de consuelo.

Pero su divina Justicia se oponía a ese efecto de su gran misericordia. La manera como había sido recibido por ese pueblo que tenía tantas razones para mirar como suyo, los tormentos atroces que estaban dispuestos a hacerle sufrir en retorno por sus beneficios, los ultrajes, los insultos, los desprecios, las profanaciones más horribles de las que tanta gente se haría culpable, incluso bajo la ley de la gracia, hacia ese divino sacramento, esa ingratitude monstruosa de los hombres, que se ofrecía a sus miradas con toda su perfidia, los hacían completamente indignos de tan grande beneficio.

Fue en esta ocasión sobre todo que el Hombre-Dios tuvo necesidad, según nuestra manera de concebirlo, de buscar alivio en el corazón abrasado de María. Él consideró la perfección de todas sus obras, la respuesta plena y total que había recibido de ella en cada momento por todos los favores que le había hecho, la elección que había hecho de ella para su Madre, cuán digna se había mostrado de esa elección, todos los cuidados que había tenido con él en su infancia, su calidad de Reina de todo lo creado, sus excelencias, su belleza superior a la de todas las creaturas y su ternura maternal por los hombres que él había encargado de sus cuidados y de los que la había establecido como Madre.

Vio en particular los homenajes profundos y continuos que ella le rendiría en el sacramento de su amor, el fervor más que seráfico con el que lo recibiría en él, las acciones de gracias que se esforzaría por rendirle en su nombre y en nombre de todos los hombres, sobre todo de los fieles que un día debían participar en ese divino misterio. Vio las lágrimas que ella derramaba en su presencia. Escuchó la voz de sus gemidos y de sus suspiros, y las humildes y apremiantes oraciones que hacía a su divina Majestad para conjurarlo a no rehusar a los hombres ese pan

²⁵ Apocalipsis 21,19-20.

celestial, sin el cual los hombres caerían desfallecidos en el camino de la vida mortal y no tendrían la fuerza para resistir a sus implacables enemigos. Escuchó que le representaba que ese pan que ella le pedía para los hombres era esta misma carne, esa misma sangre que en otro tiempo él se había dignado recibir de su humilde sierva, y que para merecer esta inestimable gracia ella le ofrecía el tesoro de los sufrimientos que él iba a soportar y a los cuales ella le suplicaba que tuviera a bien unir los suyos.

Tan vivas instancias de parte de su Madre, tan poderosas consideraciones prevalecieron a los ojos del Hombre-Dios sobre toda la iniquidad del mundo e hicieron inclinar la balanza a favor de los hombres. Y él instituyó el sacramento de la santa eucaristía. Después de su misericordia, de la que este sacramento recuerda las maravillas, él quiso que se reconocieran deudores de este incomprensible beneficio a la intercesión de su santa Madre.²⁶

La parte que ella tuvo en el misterio de la Redención.

Como no es posible estimar la grandeza de ese beneficio, tampoco es posible concebir cuán grande es la obligación que le tenemos por habérselo procurado. Digo lo mismo de la parte que tuvo en los sufrimientos del Salvador del mundo, en el misterio de la Redención del género humano.

Esta no debía operarse sino por la muerte del Hombre-Dios. Pero como el Hijo de Dios no había querido encarnarse sin el consentimiento de María, después de haberla escogido por Madre y haberse sometido en calidad de hijo a su obediencia, no se puede creer que haya querido sustraerse a esta obediencia entregándose a la muerte sin su consentimiento. El consentimiento que ella dio fue perfectamente libre, como lo había sido el que había dado cuando se encarnó en su seno. Y el motivo que la llevó a darlo fue no solamente porque conoció que era el deseo del Señor, sino también porque la salvación de los hombres exigía de ella ese sacrificio, mil veces más doloroso para ella de lo que hubiera sido el de su propia vida. Ese consentimiento solo es de un valor inestimable, pues de él dependían todos los bienes que poseemos en la Iglesia y la Iglesia misma.

Pero las obligaciones que tenemos en este misterio con la augusta Virgen no se detienen ahí. Ella sufrió conjuntamente con Jesús, y por las mismas intenciones que él, aunque sus sufrimientos no pudiesen añadir nada a los méritos infinitos de su Hijo ni al valor intrínseco de la Redención. Eran sin embargo, en sí mismos, de un valor inestimable y, en cuanto al dolor, poco inferiores a los de Jesús mismo. Ella sufría como su Madre y como su coadjutora en la obra de la Redención del género humano.

Lo que ella sufrió como Madre, y por el sentimiento natural y sobrenatural que la hacía compadecer los sufrimientos de su Hijo, sobrepasa todo lo que se puede comprender aquí abajo. El amor que ella tenía por su Hijo, el conocimiento de sus infinitas grandezas, la atrocidad del crimen que los hombres, que los judíos cometían condenándolo a muerte, las consecuencias de ese crimen para un gran número, la amplia capacidad de su Corazón para sufrir son la medida de sus sufrimientos, y esta medida sólo puede ser conocida por Dios. Que se reúnan todos los

²⁶ Las expresiones aquí carecen de claridad. En consideración a las adoraciones que la Virgen rendiría a la santa eucaristía y en razón del inmenso beneficio que este alimento aportaría a los hombres, Cristo instituyó el sacramento. La parte de la Virgen en la institución del sacramento es una parte de intercesión. “*Es la Madre de Dios quien, sola... ha dado a su Hijo en este sacramento del amor todo el retorno que él podía esperar. No nos convendría acercarnos sin su poderosa mediación. Ofrezcamos al Verbo encarnado los sentimientos inefables de los que estaba penetrada su santa Madre, cuando... después de la Ascensión lo recibió en el sacramento del amor.*” (Discurso después de la Cena, IV, V, 5)

tormentos de los mártires, todos juntos no podrían ser comparados a lo que la Madre de Jesús ha sufrido en este género de dolor.

Su calidad de coadjutora del Salvador pedía que ella sufriera con el Salvador todo lo que él ha sufrido y de la misma manera tanto como era posible, interior y exteriormente. Ella vio en espíritu todo lo que su Hijo soportó, tanto en su cuerpo como en su alma. Ella vio incluso con los ojos del cuerpo todo lo que era posible que ella viera. Y todo el mundo concibe sin dificultad la impresión dolorosa y penetrante que esta vista debió hacer sobre el alma de tal madre. Hemos dicho bastante. Pero por vivo que haya sido ese dolor, no hubiera sido suficiente para que María hubiera cumplido con toda la perfección posible el oficio de coadjutora.

Jesús ha sufrido interior y exteriormente. Para asemejársele en todo era preciso que su fiel coadjutora sufriera no solamente en su alma, sino también en su cuerpo. Y las penas del alma eran tan excesivas que las del cuerpo eran como necesarias para aliviar un poco ese rigor. María las deseaba. Ella las solicitaba como un nuevo favor para ser más conforme a su Hijo. Y Jesús no quiso privar a su santa Madre de esta perfecta semejanza con él y de los inmensos méritos que ella podía adquirir por ese medio. No era conveniente que ese misterio apareciera visiblemente, pero los sufrimientos no eran por eso menos reales. Una impresión divina se los hacía sentir en su cuerpo al mismo tiempo y de la misma manera que Jesús en el suyo, y por las mismas intenciones, haciendo los mismos actos, practicando las mismas virtudes y uniendo sus oraciones a las que él ofrecía a su Padre. Así María, sin añadir nada a los méritos de los sufrimientos de Jesús, suplía por los suyos a lo que les faltaba del lado de los hombres para una aplicación más abundante y pagaba a su Hijo, tan dignamente como una simple creatura podía hacerlo, la deuda que el género humano le debía por tan grande exceso de amor.

*De pie al pie de la cruz, María
hacia, como un Pontífice, la
ofrenda de su divino Hijo.*

La manera como el santo Evangelio nos muestra a la augusta Virgen *de pie* al pie de la cruz en la que está clavado su Hijo, pronto a consumir su sacrificio, nos descubre en ella otra característica, nuevos sentimientos que hacen brillar cada vez más el ardor de su caridad por los hombres y cuánta parte tuvo en el misterio de la Redención del género humano. Su ternura de Madre habría podido bastar para absorberla toda entera. Su compasión, la más grande que ha habido jamás, no parecía permitirle abandonarse a otros sentimientos al ver a su Hijo en el tormento. Cargada, junto con su Hijo, con todos los pecados que todos los hombres habían cometido desde el comienzo del mundo, con los que cometían entonces manchándose con un horrible deicidio y con los que cometerían hasta el fin de los siglos, no habría sido sorprendente que estuviera totalmente abatida por un peso bajo el cual el Hombre-Dios, en el Huerto de los Olivos, había parecido sucumbir.

Sin embargo, ella es superior a este cúmulo prodigioso de males y de dolores, que todos los hombres juntos no habrían sido capaces de sostener. La carga enorme de todos los pecados del mundo no la agobia. Ella conserva el pleno uso de sus facultades espirituales. No ha perdido nada de sus fuerzas. Se mantiene de pie. No se la ve derramar lágrimas. Es que ella cumple entonces el oficio de Pontífice y de Sacrificador, y al cumplirlo no le sentaría dar muestras de debilidad.

Jesucristo era el verdadero Sacrificador, y si él no se hubiera inmolado a sí mismo nadie hubiera podido jamás atentar contra su vida. Pero habiéndose puesto él mismo voluntariamente en estado de víctima, no podía al mismo tiempo desplegar abiertamente el carácter de Pontífice y de Sacrificador. Ese nombre no convenía en absoluto a los verdugos que lo crucificaron, ni a los sacerdotes, ni al pueblo judío del cual eran los ministros. Esos monstruos sanguinarios no se

proponían ofrecer a Dios la única Víctima que pudiera agradarle. Sólo pensaban en saciar su rabia y su furor sobre el inocente Cordero.

María, sola, frente al cielo y a la tierra, hacía públicamente el oficio de Sacrificador y de Pontífice. De pie, al pie del altar sobre el cual la víctima ofrecida por la salvación del mundo estaba extendida. Se puede reconocerla por Aquella que acaba de inmolarla y que la consume por la ofrenda que hace de ella. Todo es puro ahí., todo es santo, todo es infinitamente agradable a la Majestad divina. Ella está estrechamente unida al verdadero Sacrificador. Ella es una misma cosa con él, una misma voluntad, una misma Víctima. Ella no tiene otras intenciones que las de él. Ella hace al Padre eterno las mismas oraciones, las mismas peticiones. Todas tienen por objeto la salvación de los hombres. Es por ellos, no por ella misma, que ha ofrecido ese sangriento sacrificio.

Si hubiera sido necesario, y si Dios lo hubiera exigido de su obediencia, como en otro tiempo al Padre de los creyentes, ella habría levantado la espada sobre la cabeza del verdadero Isaac. Pero ella lo había hecho, tanto como era conveniente que lo hiciera, al suscribir la sentencia de muerte pronunciada contra él. Desde entonces, ella habría podido proferir con verdad esas palabras que el Profeta pone en la boca de Dios mismo: *Por los pecados de mi pueblo lo he golpeado*²⁷. ¿Qué más podríamos exigir para reconocer en ella a la cooperadora del Hombre-Dios en el misterio de la Redención?

*María continúa el oficio de
coadjutora de su divino Hijo.*

Ese misterio estaba cumplido. Un precio sobreabundante había sido pagado por el Hombre-Dios para rescatar al género humano de la esclavitud del pecado y del infierno. La Justicia divina estaba plenamente satisfecha. La Misericordia podía ejercer libremente sus derechos. Pero los efectos debían sentirse sucesivamente y la voluntad del hombre podía poner obstáculo por su resistencia y el mal uso de su libertad. Por eso el Salvador del mundo no ha cesado de ejercer hacia los hombres esta calidad de Salvador haciéndole gozar de los frutos de la Redención. Y su santa Madre es el principal instrumento del cual se sirve para esto mientras que cumple junto a él las funciones de Abogada de los hombres y no cesa de solicitar por ellos. Es lo que se puede ver en las maravillas que señalan los comienzos de su vida gloriosa.

*En relación a su Resurrección y
los cuarenta días que la
siguieron*

El misterio de la Resurrección era necesario para la gloria del Cuerpo del Hombre-Dios y para servir de testimonio a su Divinidad. Era la prueba que él había dado a los hombres. Pero ¡cuántas cosas tenemos que considerar en relación a María en este misterio!

Ella es la primera que visita su divino Hijo y ¡de qué alegrías se inundaron entonces su alma y su cuerpo! Las imperfecciones de los apóstoles y de los demás discípulos los hacían muy poco apropiados para recibir los favores insignes que el Señor les había destinado. Las oraciones de María, la sobreabundancia de sus méritos, el ardor de su amor suplieron a lo que faltaba a sus disposiciones. Ellas cubrieron todos sus defectos. El Señor olvidó sus infidelidades y la dureza de sus corazones. No se acordó para ellos sino de sus grandes misericordias.

²⁷ Isaías 52,8

Los apóstoles debieron a la protección de María tantas apariciones con las que fueron favorecidos y todas las gracias que en ellas recibieron: esa paz que les daba cada vez que los visitaba, la bondad con la que conversaba y se dignaba incluso comer con ellos, las palabras que dirigió a Tomás, la pesca milagrosa, el cuidado de todo el rebaño confiado a Pedro y otros semejantes favores.

¡Cuántas maravillas pasaron entre el hijo y la Madre durante esos cuarenta días! Pues el tiempo que duraban las apariciones era bastante corto y el resto del tiempo dónde podía él encontrarse sino junto a su Madre, en el seno de la cual depositaba todos los secretos con los que la Iglesia debía ser instruida y que los apóstoles, antes de haber recibido al Espíritu Santo, no estaban aún en condiciones de comprender.

En esa época sobre todo, la santísima Virgen reconoció, tanto como podía hacerlo una simple creatura, todo lo que su divino Hijo había hecho y debía hacer en lo sucesivo por los hombres. Es aquí, me parece, el lugar de detenernos en la tercera consideración que hemos aportado para mostrar que era conveniente que María estuviera sobre la tierra para comprometer al Verbo divino a fijar en ella su morada y operar ahí tan grandes maravillas: saber que ella sola entre todos los mortales era capaz de reconocer lo que hacía por los hombres y darle, no digo una digna compensación, pues para eso habría sido preciso que esa compensación fuera infinita como lo era la menor de las obras de Jesucristo debido a la dignidad de su Persona divina, sino toda la compensación de que era capaz la naturaleza creada y que él podía esperar de ella.

La Sabiduría de Dios se propone un fin digno de ella en todo lo que ella hace y este fin no puede dejar de cumplirse plenamente. Es lo que nos dice por su Profeta. Después de haber comparado sus gracias a la lluvia y a la nieve que caen del cielo y no regresan allá sino sirven para humedecer y fecundar la tierra: *Será así, dice, con mi palabra que saldrá de mi boca; no volverá a mí estéril, sino operará todo lo que me he propuesto; ella tendrá todo el éxito por el que la envié.*²⁸

Esto puede aplicarse en general a todas las gracias que Dios ha hecho o que había destinado sea a los hombres o a los demonios. Pero él mira directamente las maravillas que el Verbo encarnado debía operar sobre la tierra, todo lo que debía hacer por la salvación de los hombres, sus misterios, sus gracias, sus luces, sus ejemplos, sus instrucciones, sus trabajos; sus sufrimientos, su muerte, su resurrección. Sin embargo, cuántos hombres no los han aprovechado. La mayor parte están eternamente perdidos. Es verdad que esos mismos glorifican su Justicia por los tormentos que soportarán en los infiernos, si no glorifican su Misericordia con los santos. Pero no es ésa la respuesta que él esperaba de ellos y ninguno de sus favores debe ser frustrado del fin para el cual fue hecho. Los mismos de entre los hombres que han sido más fieles en responder a ellos no lo han hecho con toda la perfección que les era posible.

Era pues necesario que hubiera entre los hombres una creatura tan pura, tan santa, tan fiel como María, y al mismo tiempo tan elevada en gracias, en méritos, en dignidad incomparablemente por encima de todas las simples creaturas, tan dotada de luces y de una actividad como divina, para cumplir con toda la perfección posible los fines que se había propuesto la divina Sabiduría, y para suplir a la falta de correspondencia de todas las demás creaturas pasadas, presentes y futuras, todas las que le eran conocidas distintamente por un privilegio singular que parecían pedir, es verdad, las relaciones de Madre, de Reina y de Protectora que ella tenía o debía tener con cada una de ellas, pero que ninguna otra que ella era capaz de recibir.

Eso era sobre todo necesario en relación con los misterios de su divino Hijo pues, aunque debido a su excelencia infinita y a los límites esenciales a todo entendimiento creado, ninguna

²⁸ Isaías 55,11.

simple creatura pudiera reconocerlos con perfecta dignidad, es sin embargo verdadero que, como el conocimiento que de ello se había dado a María debido a su dignidad de Madre de Dios, a sus relaciones únicas con las tres Personas divinas y a la comunicación que cada una de ellas le hacía de sus atributos divinos, sobrepasaba casi sin medida la que todos los demás seres creados podían tener con el auxilio de la luz que les era dada, la bienaventurada Virgen era la única capaz de hacerlo tan perfectamente como él tenía derecho a esperarlos de sus creaturas.

Es aquí principalmente el lugar para insistir sobre eso, ahora que María, después del cumplimiento de los misterios de su divino Hijo, después de tantos sufrimientos, tantas obras santas, tantos méritos adquiridos, había llegado a un grado de santidad muy superior a todos los que la habían precedido.

Se tiene motivo para pensar que todo el tiempo que su divino Hijo pasó sobre la tierra junto a ella después de su resurrección, su santísima Madre lo empleó en alabarlo, bendecirlo, darle las acciones de gracias más perfectas, no solamente por todo lo que había hecho y sufrido durante su vida mortal sino también por todo lo que le dio a conocer que haría durante todo el tiempo de la ley de gracia. Lo que ella hizo en su propio nombre, en nombre de toda la Iglesia y por cada fiel en particular, solicitando, mereciendo para cada uno de los que no opusieran un obstáculo insuperable, una mayor abundancia de dones y de favores celestiales. Es imposible concebir cuán viva fue su gratitud por esta plenitud de dones que el Espíritu Santo debía derramar sobre los apóstoles y sobre todos los otros fieles, por el establecimiento de la Iglesia, por todos los sacramentos que se debía recibir en ella, por el gobierno que debía darle, por todos los bienes y tesoros espirituales que se encontraría en ella, por la comunión de los santos que uniría a todos los fieles entre ellos y con todos los bienaventurados habitantes del cielo y las almas sufrientes del Purgatorio, por los vínculos de una misma caridad, para no componer todos juntos sino una sola Iglesia; por fin, por todos los caracteres admirables que distinguen tan gloriosamente a la Iglesia militante sobre la tierra.

Satisfecho del celo y de la fidelidad de esta perfecta creatura y del retorno que recibía de ella por todas sus obras, el Señor subió hacia su Padre, decidido a tomar sus delicias entre los hijos de los hombres, a formarse en medio de ellos un pueblo querido y a enviarles su Espíritu Santo con una mayor efusión de dones.

*Lo que hizo María en el misterio
de la Ascensión.*

Después de lo que acabamos de ver, es casi inútil añadir nada sobre el misterio de la Ascensión triunfante del Señor. Se comprende bien que, por sensible que haya podido ser para María verse privada de las comunicaciones inefables que recibía de la presencia sensible de su Hijo, ella no tenía otros deseos que los suyos. Se alegraba de la gloria que recibía su humanidad santa, al ser colocada a la derecha de Dios mismo. Ella sola podía apreciar el esplendor que esta gloria hacía rebotar sobre toda la naturaleza humana y cómo esta naturaleza, tan vil en sí misma, tan débil, tan manchada de pecados, era por eso mismo, en el orden sobrenatural y en el de la gloria, elevada por encima de la naturaleza angélica. Y al mismo tiempo ella se anonadaba más allá de todo lo que es posible imaginar, pensando en la parte que tenía en esta elevación, en la gloria de su Hijo y en los honores que todos los bienaventurados de una y otra naturaleza se apresuraban a rendirle. Se comprende también que los diez días que trascurrieron desde la Ascensión de su divino Hijo hasta la venida del Espíritu Santo ella los empleó en prepararse y en preparar a los apóstoles para ese gran misterio que, por la profundidad de su humildad, por la perfección de sus obras, por el ardor de sus oraciones, ella suplía plenamente a lo que podía faltar a los apóstoles y a los otros fieles para ser dignos de recibir un favor tan grande.

Hemos llegado ahora al punto en el que tenemos que considerar como presentes y como pasando bajo nuestros ojos las cosas de las que habla el Espíritu Santo, transportándonos al gran día en el que, viniendo de lo alto sobre los apóstoles, enviado por el Padre y por el Hijo del cual procede, declaró, no por sonidos articulados sino por sus obras divinas y por el cambio maravilloso operado en el universo, que era él mismo quien hacía nuevas todas las cosas.²⁹

Todo lo que hemos dicho hasta aquí para explicar esas palabras escuchándolas de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, tiene relación con el primer acontecimiento, que es la primera y la principal de las promesas que Dios, bajo la antigua ley, había hecho al género humano, y precede al descenso del Espíritu Santo... Aquello de lo que tenemos que hablar ahora se expresa en las palabras que siguen: *Serán ellos mismos el pueblo de Dios.*³⁰ Esas palabras pertenecen a la segunda de las promesas generales hechas a los hombres: al establecimiento de la Iglesia, en que consiste el segundo orden de cosas nuevas que el Espíritu Santo opera al descender de una manera extraordinaria y sensible sobre los apóstoles.

Pero antes de entrar en esta consideración, detengámonos un momento. Dirijamos la mirada sobre aquello de lo que hemos hablado y veamos cuántas novedades admirables, operadas por el Espíritu Santo, se han presentado sucesivamente a nosotros.

La más admirable sin duda, la fuente y la causa de todas las demás, es el Hombre-Dios mismo, sus misterios, todo lo que él ha hecho y sufrido por la salvación de los hombres. Esa es la más grande e incomprensible de las maravillas. Ella parecerá siempre nueva y la eternidad entera no le hará perder nada de su novedad. Cuanto más se penetra en los dos extremos que ella reunió juntos, Dios y el hombre, más lanza en el asombro a los que se ocupan en contemplarla. Es una verdad que sirve de base y de fundamento a todo lo que decimos, pero no es precisamente ella la que fija en este momento nuestras miradas.

Es de la Madre y no del Hijo que ha emprendido el elogio el escritor sagrado. Incluso no nos habla del Hijo sino como entrando necesariamente en el elogio de la Madre, porque una Virgen tan pura y tan santa no podía ser Madre sino para dar al mundo al Hombre-Dios, quien debía rescatarlo. Con el respeto más profundo fijemos pues nuestras miradas en María.

¡Qué novedad digna de la admiración del cielo y de la tierra que una simple creatura que Dios encerró en el comienzo de sus caminos³¹ en su entendimiento divino como su tesoro, como el objeto, con su Hijo y dependientemente de él, de sus pensamientos y de sus complacencias eternas, que él envió sobre la tierra delante de su Hijo como para prepararle el camino y hacerle una estadía capaz de recibirlo; que una pura creatura que, aunque salida de una raza infectada por el pecado, no ha contraído jamás la más ligera mancha, que desde el primer instante de su existencia reunió en ella todas las bellezas del cielo y de la tierra, todas las perfecciones de los hombres y de los ángeles, y se vio adornada, como la Esposa del Soberano Rey, con todos los dones que podían hacerla más agradable a sus ojos! ¡Qué novedad que una simple creatura en todo fiel a las gracias que la bondad divina le prodigaba casi sin medida, y jamás hubo en ella alguna a la que no respondiera con toda la perfección posible, y por esta perfecta correspondencia ella mereció recibir a cada instante nuevas y mayores gracias, de las que sólo ella era capaz! ¡Qué novedad, en fin, que una simple creatura, tan hermosa y tan perfecta a los ojos de Dios, que participó en tal forma de los atributos de la Divinidad y tuvo con las tres divinas Personas una

²⁹ Apocalipsis 22,5.

³⁰ Apocalipsis 21,3.

³¹ Proverbios 8,22.

alianza tan estrecha que no le faltó nada de lo que podía calificarla para ser la digna Madre de Dios, y que el Verbo divino se vio como forzado a encarnarse en su seno; que fue su consuelo en todo el curso de su vida mortal, que fue su ayuda y su cooperadora en todos sus misterios y que pagó dignamente hacia él, en la medida que podía hacerlo una creatura, la deuda de todo el género humano por lo que había hecho y sufrido por su Redención.³²

*Después de Dios, somos
principalmente deudores de su
santa Madre.*

Son sin duda obras muy nuevas, muy incomprensibles y que sólo podían tener por autor a Dios mismo, como Espíritu de amor y de caridad. Nos muestran cuán grandes y como infinitas son las obligaciones que tenemos con la augusta Virgen, Madre de Dios. Todas las otras novedades, de las que habla aún el Espíritu Santo y que debemos entender semejantemente de María, son una consecuencia de ellas y no tienen nada que deba sorprendernos. Esas cosas nuevas, que el Espíritu Santo opera al descender sobre los apóstoles, se refieren a la segunda promesa general hecha a los hombres, el establecimiento de la Iglesia. Son brillantes y marcadas visiblemente con el sello de la Divinidad.

La única cosa en la que deseamos que se ponga atención es que después de Dios, fuente esencial de todo bien, es a la Madre de Dios a quien debemos este segundo beneficio. Lo que hemos dicho de la Encarnación del Verbo debemos decirlo del Espíritu Santo que desciende sobre los apóstoles. La tierra no habría podido ofrecer una morada digna al Verbo divino si la bienaventurada Virgen, por sus obras santas y su incomparable belleza, no hubiera cubierto en cierta forma la horrible deformidad de la tierra. Igualmente si esta misma Virgen no se hubiera encontrado presente con los apóstoles, no hubiera ofrecido por ellos esas oraciones tan poderosas sobre el Corazón de Dios, a la fuerza de las cuales él no podía rehusar nada, si su santidad no hubiera suplido a lo que aún había de bien imperfecto en ellos, el Espíritu Santo habría estado como impedido de venir sobre ellos con esa plenitud de dones. No habría dado nacimiento a la Iglesia y obrado por medio de los apóstoles esas asombrosas maravillas que han cambiado la faz de la tierra y renovado todas las cosas.

Los apóstoles habían sido establecidos por Jesucristo los jefes de la Iglesia. Eran las piedras fundamentales. Pedro tenía entre ellos la primacía. Era después del Señor la piedra principal sobre la cual había prometido edificar su Iglesia, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerían jamás. El Señor había encargado a Pedro el cuidado de apacentar todo su rebaño, sus corderos y sus ovejas, y ese cuidado Pedro debía transmitirlo, con todos sus derechos, a sus sucesores durante toda la duración de los siglos. Tal era la orden exterior que Jesucristo había establecido en su Iglesia, La santísima Virgen, la más humilde, reconocía en todos los apóstoles, sobre todo en Pedro, la dignidad con la que su Hijo los había revestido para el gobierno de su Iglesia y se complacía en darles en toda ocasión señales de su respeto y de su obediencia. Ese respeto se extendía a todos los que estaban revestidos del sacerdocio.

Pero a su vez, los fieles, y singularmente los apóstoles, más iluminados que los demás sobre los privilegios de la Madre de Dios, reverenciaban en ella una dignidad muy superior a la de ellos y a toda dignidad creada, un poder que era una emanación, una participación del poder divino, conteniendo eminentemente, aunque no formalmente, el que ellos habían recibido como apóstoles y como sacerdotes del Señor.

³² Esta frase, que formaba un solo período, ha sido cortada: *qué novedad* se ha repetido tres veces.

Ellos reconocían que María estaba incomparablemente elevada en grandeza, en santidad, en gracias, por encima de todos los seres creados; que Dios, quien la había escogido desde toda eternidad para ser la Madre de su Hijo único, le había preparado, en su Sabiduría, su Omnipotencia y su Amor, todos los dones, todas las excelencias que podían hacerla digna de esta sublime calidad y realzarla en ella, que la había hecho participante del Ser divino, tanto como era capaz una simple creatura; que ella tenía las relaciones más íntimas con las tres Persona divinas; que era la Reina de todo lo que no es Dios, el gran instrumento de las misericordias divinas y la Madre de todos los fieles; que la Iglesia de todos los tiempos había sido especialmente confiada a su ternura y que si el Hombre-Dios es solo la causa eficiente y meritoria de nuestra salvación y de todas las gracias que nos son necesarias para alcanzarla, María es el canal por el cual todas esas gracias vienen hasta nosotros; que, como el Padre, las ha depositado en las de su Madre y que Dios, que ha querido que los hombres le fuesen deudores del gran don que él les hacía de su Hijo único, ha querido semejantemente que recibiesen inmediatamente por ella todos los bienes que ese mismo Hijo debía procurarles por su muerte y por todos los misterios de su vida.

Tal es la doctrina pura y saludable que la Iglesia, que sus santos Doctores han aprendido de los apóstoles y que nos han transmitido, aunque, durante varios siglos el conocimiento no haya sido tan explícito ni tan generalmente expandido entre los fieles como lo ha sido después, por razones dignas de la Sabiduría divina y porque el común de los hombres no era aún capaz de conocerlo.

*Los apóstoles reconocían que
todo lo que hacían en la
primitiva Iglesia lo debían a
María.*

Los apóstoles estaban llenos del Espíritu Santo, dotados del celo, de la fuerza, de la sabiduría y de todas las cualidades necesarias para el ejercicio de las funciones del apostolado y la conversión del mundo. Dios los había hecho dignos ministros de la Nueva Alianza³³. Su gracia era eminente. Pero ¿qué era esa plenitud del Espíritu Santo, ese conjunto de dones admirables, comparado con los dones reunidos sin medida en la Madre del Hombre-Dios? Lo que son algunas gotas de agua puestas en paralelo con la inmensidad de los mares. Es así como se consideraban ellos mismos en relación a la bienaventurada Virgen. Ellos sabían que le debían todos los favores singulares que habían recibido con tanta abundancia de su divino Hijo. Atribuían a sus oraciones todo lo que ellos mismos hacían de bien en las almas, todo lo más maravilloso que se operaba en la Iglesia, los milagros asombrosos que brillaban en ellos, la unión íntima que reinaba entre los nuevos fieles como si no hubiesen tenido más que un corazón y un alma, el desprendimiento perfecto de todas las cosas que les llevaba a despojarse de todo, los prodigios ocurridos con la muerte de Esteban, la conversión súbita de Pablo, la liberación milagrosa de Pedro, la gracia del Espíritu Santo derramada sobre los gentiles, los esfuerzos impotentes de las autoridades del mundo para destruir a la Iglesia naciente.

María era el refugio seguro de todos los fieles y sobre todo de los apóstoles. Ella era su luz, su consejo, su fuerza, su consuelo. Ella los asistía en sus peligros. Ella los defendía de sus enemigos visibles e invisibles. Ellos encontraban en ella una Madre tierna y una protectora todopoderosa. Ella era el dique inexpugnable contra el cual el infierno veía quebrarse inútilmente todos los esfuerzos de su rabia. Mientras esta gran Reina vivió sobre la tierra, impidió que

³³ 2 Cor 3,6.

Satanás sembrara sus herejías en la Iglesia y llevara a las potencias del mundo a suscitar contra ella persecución durable y general, capaz de detener la propagación de la fe.

Es suficiente para saber por qué las cosas nuevas operadas en el nacimiento de la Iglesia le son atribuidas y cuán deudores le somos de su establecimiento., que es el segundo objetivo general de las promesas que Dios había hecho a los hombres. Es la idea que la Iglesia, que los santos Doctores nos dan de María cuando la llaman *Maestra de los apóstoles*; es lo que nos hace concebir esta palabra que Jesús en cruz dirige a san Juan y en su persona a todos los apóstoles, a toda la Iglesia: *Ecce Mater tua*³⁴

³⁴ Juan 19, 27.